

Razones para un pesimismo crítico*

Luis Armando González**

Umberto Eco, en su conferencia “Norberto Bobbio: la misión del docto revisitada” —recogida en su libro *A paso de cangrejo*¹—, reflexiona sobre las ideas del politólogo italiano en torno a la función y compromiso de los intelectuales. “Bobbio —dice Eco— no era (como diríamos hoy) un ‘tercerista’; proponía un compromiso con una postura determinada, aunque acompañado por la obligación, perseguida tenazmente, de meditar criticando, y situaba siempre no solo a los adversarios sino sobre todo a los amigos frente a sus propias contradicciones”². Hacer ver a propios y extraños sus propias contradicciones era para Bobbio una tarea que tenía como supuesto de fondo la *vocación por el pesimismo* propia del intelectual. Para él, los intelectuales deben ser pesimistas, no optimistas ni entusiastas acerca del desenlace feliz de la historia. Nos dice Bobbio:

El optimismo siempre implica ciertas dosis de entusiasmo, y el hombre ilustrado [el intelectual] no debería ser entusiasta. Y son también los optimistas los que creen que la historia es efectivamente un drama, pero un drama con final feliz [...] No querría que esta declaración de pesimismo se entendiera como un gesto de renuncia. Es un acto de sana austeridad tras tantas orgías de optimismo, un prudente rechazo a participar en el banquete de los retóricos siempre festivos [...] No digo que los optimistas

* Texto ampliado de la charla ofrecida por el autor, el 22 de septiembre de 2007, a representantes de las obras de la Compañía de Jesús en El Salvador. Inicialmente, la charla se denominó “Reflexiones sobre la situación del país en el momento actual”, pero el nuevo título refleja mejor el mensaje que se quiere transmitir. El autor agradece a Violeta Beatriz Herrera por sus comentarios al presente artículo.

** Director del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI), UCA. Correo electrónico: luisg@cidai.uca.edu.sv.

1. Eco, U., *A paso de cangrejo*, México: Debate, 2007, pp. 74-86.

2. *Ibíd.*, p. 82.

sean siempre fatuos, pero los fatuos son siempre optimistas [...] Sólo un buen pesimista está en condiciones de actuar con la mente despejada, con la voluntad decidida, con el sentimiento de humildad y plena entrega a su deber.³

Al meditar sobre esas palabras de Norberto Bobbio —con la mirada puesta en El Salvador actual— no se puede evitar pensar en el clima de opinión imperante en círculos gubernamentales y privados acerca de lo bien que está el país. Casi sobra decir que en estos círculos se vive, prácticamente desde que se inició la transición de posguerra, una auténtica “orgía de optimismo”, ante la cual no queda más remedio que oponer una necesaria dosis de pesimismo. Y ello porque solo desde el mismo se pueden vislumbrar las endeble bases del optimismo de la derecha empresarial y política.

Para comenzar con lo más grave, hay que decir que la sociedad salvadoreña está atravesada por una fractura estructural, en virtud de la cual los tres ámbitos fundamentales que la constituyen (el económico, el político y el socio-cultural) no solo no se complementan entre sí (es decir, no son coherentes), sino que cada uno de ellos sigue una lógica particular, con ritmos y tiempos distintos. Obviamente, la coherencia absoluta entre lo político, lo económico y lo socio-cultural es imposible (además de indeseable), pues justamente las fricciones y discordancias entre ellos son claves para dinamizar a la sociedad. Los dos totalitarismos del siglo XX (el hitleriano y el estalinista) pretendieron construir sistemas sociales absolutamente coherentes, pero fracasaron en su empeño⁴. Ese fue también sueño de Josip Broz Tito en la antigua Yugoslavia y de Mao Tse Tung en China continental. Dejando de lado el caso de Hitler, cuya derrota militar en la Segunda Guerra Mundial impidió la consolidación de su proyecto para Alemania, en todos los demás casos siempre se hicieron presentes las fricciones sociales, aunque fuera de manera subrepticia y marginal.

Buscar la absoluta coherencia en una sociedad, además de imposible, puede ser demencial. Este es un extremo hacia el cual no conviene apuntar. Pero en el lado opuesto está el quiebre social total, al cual sólo se puede llegar una vez que una sociedad ha agotado todas sus salidas y se encamina hacia su disolución. Sociedades con una fractura severa en la articulación de sus ámbitos fundamentales son las más proclives a un quiebre social de esa naturaleza. En el caso concreto de El Salvador, hay una fractura de ese tipo; la misma ha convertido a la sociedad salvadoreña en una sociedad desintegrada y anómica, en la cual el nexo social —el vínculo entre individuos sostenido por el reconocimiento y el respeto mutuos— está a un paso de romperse, dando pie a que se configure un esquema de convivencia social caracterizado por una especie de guerra de todos contra todos.

La conjetura de que en El Salvador el nexo social está a punto de romperse no debería tomarse a la ligera, porque de ser cierta estaría anunciando la posibilidad de su disolución como proyecto de convivencia individual y colectiva. Hay que recordar aquí lo que dice Xavier Zubiri:

La convivencia en todos sus niveles tiene carácter psicofísico. La sociedad existe en tanto que el hombre es animal de realidades. La vinculación emerge como una unidad para poder subsistir biológicamente y deja al hombre de un lado con un haber común, y de otro, en una funcionalidad colectiva y personal que conduce al hombre a ser cada cual más o menos compenetrado con los demás.⁵

Esa funcionalidad colectiva y personal se puede romper o, cuando menos, verse debilitada a tal grado que sea incapaz de sostener la convivencia social. Hay fuertes indicios de que en El Salvador la funcionalidad colectiva y personal va en camino de erosionarse hasta un punto crítico, a partir del cual será casi imposible el retorno al equilibrio social básico.

3. Bobbio, N., citado por Eco, U., *op. cit.*, pp. 85-86.

4. Cfr., Furet, F. y Nolte, E., *Fascismo y comunismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

5. Zubiri, X., *Sobre el hombre*, Alianza: Madrid, 1986, p. 271.

Este es el peor de los escenarios que se le abren al país en su futuro inmediato. Sencillamente, se trataría de una sociedad inviable, en tanto que las solidaridades fundamentales se habrían quebrado. El panorama es más sombrío si se cae en la cuenta de que no se ven en el horizonte señales claras de que se quiera sortear el camino que conduce al despeñadero o de que las solidaridades erosionadas se estén recomponiendo. Es este un balance de conjunto de nuestra sociedad, ciertamente pesimista e incluso dramático. Pero, asimismo, el examen de cada uno de los ámbitos que la conforman refuerza ese pesimismo.

En primer lugar, hay que hablar del ámbito económico, que es el que más alimenta el espejismo del progreso, la modernización y la prosperidad. En tiempos no tan lejanos, se acusó a cierto marxismo de “economicista” —por aquello de que “lo económico determina en última instancia todo lo demás”—, pero en estos momentos una acusación semejante se puede endilgar sin ningún problema a sectores empresariales y políticos de la derecha, no solo obsesionados con el crecimiento económico, sino convencidos de que una vez el mismo sea conseguido todo lo demás vendrá por añadidura. Su credo sigue siendo la teoría del rebalse, cuyo talante economicista está fuera de toda discusión.

Dejando de lado el asunto de que en ninguna sociedad el mero crecimiento económico es garantía de bienestar social, mayor justicia o mayor equidad, el crecimiento del que tanto se habla en el país es una ficción, porque no tiene una base de sustentación sólida. Depende de las remesas y, en estos momentos, se lo quiere apuntalar con la promoción de inversiones extranjeras, libres de impuestos, en el sector servicios. Es decir, si ya de por sí es cuestionable que se asuma que el crecimiento económico conduce automáticamente al bienestar social —por no hablar de la cultura cívica y la democracia—, mucho más lo es asumir tal resultado de un crecimiento (de carácter

terciarizado) que no se sostiene por sí mismo y que, al contrario, urge una y otra vez de alicientes exógenos para reproducirse. Son esos alicientes los que lo mantienen con vida, pero a costa de ahogar más al sector agrícola y de mantener en el estancamiento al sector industrial, sin cuya participación no hay crecimiento económico real y sostenible en el largo plazo.

Tal como lo señaló en su momento Francisco Javier Ibisate:

La grave terciarización económica, en parte retroalimentada por el sesgo del crédito bancario, va reduciendo el espacio u oportunidades de ‘nichos’ atractivos en los sectores manufacturero y agropecuario. El sector y el capital privados, al aumentar la ineficiencia del sector público y silenciar la escasa capacidad competitiva, reclaman la cohabitación con la inversión extranjera en los servicios públicos más rentables, que engrosan la lista de la privatización. Esta invasión o cacería forma parte de la corriente mundial y los gobiernos prestan su mayor apoyo. Los gobiernos sirven a la globalización que abate las fronteras.⁶

En efecto, desde finales de 1989 se apostó por un esquema económico terciarizado incapaz de asegurar la reproducción material de la sociedad salvadoreña. Es un esquema que, desde aquella fecha hasta ahora, se ha consolidado y ha forzado a que el conjunto de la sociedad gire en torno a él. Infraestructura, inversiones, política económica, medioambiente... todo se ha subordinado al afianzamiento de la terciarización económica; su avance y consolidación se ha leído como señal de modernización económica (porque ha dado lugar a un proceso de expansión de centros comerciales y financieros) y los beneficios obtenidos por sus gestores, como bonanza y crecimiento económicos.

De más está decir que este esquema económico —particularmente sus manifestaciones publicitarias y mediáticas— ha alimentado el optimismo de la derecha empresarial y política, convencida de que “lo mejor está por llegar”.

6. Ibisate, F. J., “¿El crecimiento es la locomotora de la economía?”. En Cardenal, R. y González, L. A. (comps.), *El Salvador: la transición y sus problemas*, San Salvador: UCA Editores, 2007, pp. 133-134.

A lo largo de la posguerra ese ha sido el espíritu con el que se han abordado, desde los círculos de poder de la derecha, los problemas del país. Obviamente, cuando lo mejor que se esperaba llegó a medias (o no llegó) fue por culpa de los demás —léase la oposición política—, renuentes a comprometerse con los destinos del país. No obstante, la derecha salvadoreña —o por lo menos los círculos que han obtenido los mayores beneficios durante todo este tiempo— no ha cejado en su optimismo acerca de un mejor mañana.

Ahora mismo, se cree que ese futuro mejor se anuncia con las inversiones extranjeras. Por ello se busca atraerlas con la Ley de Servicios Internacionales propuesta por el Ejecutivo, en la cual se ofrece liberar del pago de impuestos, por un período que va de los 10 a los 15 años, a empresarios extranjeros que inviertan en determinados rubros del sector terciario (concretamente, en el turismo y en los centros internacionales de llamadas)⁷. Esta ley es impulsada debido al fracaso de una apuesta anterior: la inversión extranjera en la maquila.

En fin, la fractura estructural de la sociedad salvadoreña tiene una de sus raíces en un esquema económico insostenible en el tiempo, cuyo anclaje en los servicios ha supuesto el abandono del sector agrícola y el estancamiento del sector industrial. El mayor fracaso de ese esquema económico reside en su incapacidad —por no generar empleos suficientes, cualificados y bien remunerados— de garantizar la reproducción material de la sociedad en su conjunto. Es decir, se trata de un esquema económico totalmente disfuncional para la sociedad, lo cual se ve agravado por los enormes costos medioambientales que supone su vigencia.

Pasemos ahora al ámbito político, esto es, al ámbito de los partidos y el Estado. Aquí el esquema prevaleciente apunta a la concentración del poder político en manos de la derecha representada por ARENA. Si bien cada uno

de los principales partidos del país cuenta con una cuota de poder que, casi por inercia, se ha repartido de modo semejante desde 1994, la mayor tajada se la queda ARENA, seguido del FMLN. En este sentido, existe cierta comodidad para quienes participan del ruedo político: si las cosas no cambian drásticamente, cada uno sabe, con bastante seguridad, lo que le habrá de tocar en el reparto de poder que se realiza en cada elección. En este ámbito, pues, todo gira en torno al poder que por distintas vías se quiere conseguir o se quiere conservar, siendo las elecciones uno de los vehículos privilegiados para ello.

En la actualidad, en los preámbulos anticipados de una nueva elección, una especie de pasión febril por el poder se ha apoderado de los actores políticos, lo cual hace que quienes se mueven en el ámbito político se olviden de la sociedad y sus problemas más acuciantes. Así, mientras los salvadoreños y salvadoreñas se las tienen que haber en su vida diaria con riesgos y precariedades de todo tipo, los actores políticos ocupan sus energías, por ejemplo, en determinar si los montos económicos asignados en concepto de deuda política son los adecuados para realizar una campaña más o menos ventajosa, en discutir qué tantos beneficios partidarios se pueden obtener de las alianzas políticas o si estas últimas suponen una merma del poder al que se aspira.

Este esquema político es funcional al esquema económico terciarizado, a cuya sombra este último se ha cobijado. La razón de ello es que en ese esquema político ARENA ha impuesto su lógica. Esta lógica camina por una doble vía: (a) subordinación del Estado a determinados intereses económicos —cada vez más transnacionalizados, por cierto—; y (b) un ejercicio autoritario del poder hacia los sectores sociales excluidos (especialmente si se rebelan o reclaman sus derechos). A este respecto, los mecanismos coercitivos se han puesto a punto —respaldados con una legalidad ad hoc de carácter antiterrorista— para contener al mo-

7. Cfr., "Más regalos para los inversionistas", *Proceso*, 1258, 19 de septiembre de 2007, pp. 6-7.

vimiento social organizado que lentamente se va abriendo paso en estos momentos⁸.

El amarre del Estado con determinados círculos empresariales ha tenido como contrapartida la ruptura de la política (en sentido amplio) con la sociedad, especialmente con sus sectores mayoritarios. Otra forma de referirse a esto es que existe un “divorcio” entre la política y la sociedad. Y esa ruptura (o divorcio) no solo ha significado que desde la sociedad se vea a la política como algo “lejano”, sino que desde la política se vea a la sociedad como una amenaza —por sus desbordes reales o potenciales— para la estabilidad que desde aquélla se quiere ofrecer a la economía. Este esquema político, que es funcional para la élite empresarial, es disfuncional para la sociedad en su conjunto. De ahí su fracaso no solo para hacerse cargo de las demandas ciudadanas, procesarlas y darles respuesta, sino para contribuir a la integración social. La política en El Salvador ni cumple con sus funciones de intermediación entre la sociedad y el Estado ni con sus funciones de integración social: estas son las dos caras de su fracaso ante la sociedad.

Dicho de otro modo, los tiempos y ritmos del ámbito político no son los de la sociedad. Quienes viven en y de la política (partidaria-estatal) suelen vivir su propia orgía de optimismo: creen que lo suyo es la mejor expresión de una democracia consolidada. Pero la verdad, poco han hecho para potenciar la democratización del país; poco han hecho para representar la voluntad ciudadana y poco para conducir a la sociedad en su conjunto como representantes de esa voluntad. Si hemos de aceptar que los partidos políticos forman parte del mejor sistema de representación conocido, los partidos salvadoreños están lejos de cumplir con los requisitos mínimos para ello⁹.

En la actual coyuntura preelectoral el optimismo mencionado está saliendo a relucir de manera desproporcionada. El optimismo de

ARENA nace de su seguridad de que otra vez le propinará una paliza “al comunismo”; el del FMLN, de que esta vez sí va a contar con el candidato adecuado para ganar; el del centro político, de que la polarización existente le va a dar ventajas electorales inéditas; y el del PCN y el PDC, de que gane quien gane siempre van a poder negociar ciertos privilegios. No importa que los mejores pronósticos no se cumplan; basta y sobra con que las posiciones políticas que se tienen en estos momentos no cambien e incluso mejoren levemente. Al fin y al cabo, conservar lo que se tiene —o sea, ocupar un lugar en las esferas de poder— ya es motivo suficiente para sentirse satisfechos.

Desde fuera, no hay razones para ningún optimismo, ni sobre el desarrollo de la competencia electoral (en la cual se despilfarrarán recursos necesarios para otras cosas más urgentes) ni sobre su desenlace: aun en el escenario de un triunfo del FMLN, no se ve cómo ese partido pueda resolver los graves problemas de la sociedad salvadoreña. Que lo intentara sería bueno; que atendiera (aunque no resolviera) los más urgentes, mucho mejor. Pero eso no es suficiente para ser optimistas. Y ello porque para gobernar bien no basta con tener buenas intenciones; hay que tener un proyecto estratégico de gobierno, así como las posibles fuentes de recursos para sostenerlo. Esto no se ve ahora en el FMLN ni tampoco se ha visto antes (tampoco se ha visto ni se ve en los demás partidos). Quizás en esto se pueda encontrar una explicación de la incapacidad del FMLN para convertirse en una alternativa real de gobierno. ARENA, por consiguiente, tiene el campo libre para seguir imponiendo su proyecto, cuyo éxito no estriba en que sea el mejor para la sociedad salvadoreña, sino en su capacidad para aprovecharse de las debilidades de la oposición y de servirse del poder mediático para manipular la conciencia de los salvadoreños y salvadoreñas.

8. Cfr., “Organización social de base y perspectivas del movimiento social”, *Proceso*, 1257, 12 de septiembre de 2007, pp. 2-3.

9. Cfr., Carretón, M. A., *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*, Santiago de Chile: LOM, 2000, pp. 93-107.

De momento, las elecciones de 2009 no anuncian nada nuevo, sino que prometen ser la reedición de experiencias ya observadas. Con lo cual, después de ellas, seguramente se seguirá profundizando el divorcio entre sociedad y política. Seguramente habrá algunas variaciones —en repartición de escaños legislativos, en la distribución de las alcaldías y en los porcentajes de votación—, pero los principales dinamismos políticos se mantendrán. Y para la razón crítica eso es lo que cuenta. También para esta misma razón cuenta la posibilidad de equivocarse, es decir, que los hechos se decanten en otra dirección, con lo cual se susciten novedades en la dinámica política posterior a las elecciones de 2009. Eso sí, algo sustancial tendría que ocurrir a nivel de cultura política, a nivel sociológico o a nivel de los compromisos político-partidarios para que ello sucediera.

Finalmente, tenemos el ámbito socio-cultural. Este ámbito es el que padece los embates tanto de la lógica económica como del autoritarismo político, pero a su vez es portador de una lógica específica, no del todo coherente con la esfera social. El ámbito socio-cultural es el espacio de las relaciones sociales recreadas (y no solo mediadas) por símbolos, valores y creencias. Una fuerte tradición simbólica religiosa (de raíces católicas) alienta valores comunitarios, de pertenencia e incluso de preocupación por los más débiles. En sus vertientes más conservadoras, esta misma tradición da lugar a actitudes pasivas y resignadas en el plano socio-político. Por otra parte, son muy fuertes los influjos de la cultura globalizada de marcas, consumista, privatizadora, individualista y del éxito fácil¹⁰. Ambos tipos de cultura coexisten, no sin tensiones, en hombres y mujeres de El Salvador. Asimismo, la cultura globalizada es funcional al esquema económico terciarizado, en tanto que la cultura más tradicional de matriz católica no lo es, aunque sí puede en sus versiones más conservadoras sintonizar bien con un ejercicio político autoritario.

Además, el impacto económico del esquema terciarizado sobre lo socio-cultural da

lugar a una aguda contradicción en la vida de los salvadoreños y salvadoreñas: por un lado, la necesidad de sobrevivir en una situación de exclusión; por otro, la creencia de que triunfar es fácil, de que el éxito está a la vuelta de la esquina. Esto último es alimentado precisamente por la cultura del consumismo desenfrenado. Aquí está una de las claves para entender el estado de frustración individual y colectiva que prevalece en El Salvador actual. La raíz de esa frustración consiste en caer en la cuenta de que lo que se cree al alcance de la mano (ropa de marca, teléfonos celulares, vehículos, aparatos de música, comodidad, viajes) es en realidad inaccesible; caer en la cuenta de que el éxito no está tan al alcance de la mano como lo hace creer la publicidad de las revistas de moda.

Por su parte, el impacto de lo político sobre lo socio-cultural profundiza las exclusiones, al reducir a los ciudadanos a agentes privados, sujetos a los vaivenes del mercado y ante el cual ellos son meros consumidores. Quienes no aceptan esta condición y reclaman sus derechos deben enfrentarse con la lógica autoritaria, cuyo propósito es asegurar la pasividad pública de los sectores sociales excluidos. Es decir, lo que se pretende es suprimir la posibilidad de que los salvadoreños y salvadoreñas sean ciudadanos y ciudadanas, con responsabilidades sociales y políticas tanto en el plano de la participación en la discusión de los asuntos públicos como en el de la vigilancia ciudadana y la rendición de cuentas. Resignarse a ser meros consumidores supone renunciar a la ciudadanía, es decir, a la obligación de exigir al Estado (y a quienes lo gestionan) que dirija a la sociedad a partir de los criterios ético-políticos del bien común y el interés general, que son los que sirven de sostén al ideal de “sociedad buena”¹¹.

En conclusión, una sociedad con las fracturas que tiene la sociedad salvadoreña es inviable. Esas fracturas son las que deben ser superadas. Eso no puede hacerse sin un proyecto de país que las asuma y que se proponga su erradicación. Hay que ser pesimistas

10. Cfr., González, L. A., “Implicaciones culturales de la globalización”, *ECA*, 703-704, pp. 377-396.

11. Carretón, M. A., *op. cit.*, p. 94.

críticos para reconocerlo. También hay que ser pesimistas críticos para reconocer que, aunque se superaran esas fracturas, los problemas de El Salvador no estarían resueltos, porque el entorno mundial globalizado impone severos condicionamientos a los países que ocupan lugares marginales en la estructura del mercado

mundial¹². En un entorno internacional hostil, ponderar razonablemente hasta dónde puede llegar El Salvador en materia de desarrollo humano sostenible —si supera sus fracturas internas— es una tarea pendiente. Es claro que sin superar esas fracturas no llegará a ningún lado.

12. Cfr., De Sebastián, L., *Un mundo por hacer. Claves para comprender la globalización*, Madrid: Trotta, 2002.